

Un alegato catalógico. ("Hispania" Londres (Inglaterra), 1º agosto 1915)

4-329



De haber sido posible continuar las guerras de depredación en el Hemisferio Occidental, la guerra europea actual no hubiera sucedido, y esas guerras de devastación se hubieran desencadenado con la furia de un huracán desde el Río Grande hasta la punta más al Sur del Continente.

La aserción proveniente de algunas regiones — especialmente de la América Latina — de que las naciones ibero-americanas están en capacidad de protegerse ellas mismas, es fútil e insostenible. La ley de la necesidad invocada por las grandes Potencias militares no reconoce más ley que la de la fuerza superior. ¿Qué fuerza superior podría oponer cualquiera de las naciones, o un grupo de naciones de la América Latina, a una gran Potencia militar europea? ¿Qué podrían hacer para impedir que se desembarcase una fuerza de medio millón de hombres, escoltada por una flota de *Dreadnoughts*, las naciones ibero-americanas mejor organizadas, o las que, como la Argentina, Chile y el Brasil, tienen poblaciones más numerosas? Después de lo que hemos visto en los últimos treinta años — ataques verificados sin la menor provocación contra las poblaciones civiles, degüellos de multitudes indefensas en el sendero del conflicto territorial, y declaraciones de guerra hechas después del hundimiento premeditado de buques o del bombardeo de fuertes — ¿puede asumirse siquiera por espacio de un segundo que la propiedad indefensa del débil no le sería robada por el fuerte sin remordimiento ni vacilación?

La Doctrina de Monroe, es decir, el principio de la inviolabilidad del Continente por parte de conquistadores venidos del exterior, debe ser inatacable, para lo cual se necesitan los esfuerzos unidos de todas las naciones del Continente. Las espaldas del gigante son anchas y el gigante poderoso; empero, para sostener esfuerzos tan vastos como el Continente mismo y coevos con los siglos que pasan, no se debe rechazar o ignorar ninguna cooperación honrada ni engendrar la menor hostilidad, por insignificante que parezca.

El antagonismo aparente entre los dos Continentes, Europa y América, no está en la naturaleza de las cosas, sino que se encuentra en las convenciones y en los intereses creados por los hombres. América no ha cerrado nunca sus puertas a los hombres como hombres, pero las ha cerrado, y continuará cerrándolas, al sistema que puede significar una amenaza a la libertad y a la democracia. El sistema europeo significa no solamente el sedimento de la opresión, sino que también significa los intereses creados y arbitrarios en contra de la democracia, que tratan de extender su dominio a otros países so pena de perecer en su propia tierra bajo la ola amenazadora de la rebelión popular. Recuérdese que las naciones de Europa, sin una excepción, continúan pagando las guerras de Napoleón, así como también todas las guerras del siglo diez y nueve, y que en estos momentos están amontonando sobre las generaciones futuras deudas que las esclavizarán económicamente a través de los siglos venideros. Recuérdese asimismo que todo esto es un resultado de esos sistemas rechazados del Continente americano por la Declaración de Monroe. Puede verse así cuán trascendental es la Doctrina de Monroe para el Continente de América y para el bien de la humanidad.

Con el objeto de conseguir para la Doctrina de Monroe un apoyo absoluto en toda la extensión del Continente, es preciso llevar esa Doctrina al punto extremo de su desarrollo lógico. La Doctrina de Monroe ha cerrado eficazmente el Continente al conquistador europeo, pero no ha impedido el ejercicio de conquistas en ambas secciones del Continente. No estoy formulando ninguna acusación; mi argumento es de carácter puramente analítico. Debe decretarse y pactarse entre todas las naciones del Continente que en

si mismos.

El Continente sabe que la justicia no es una cuestión de cantidad, sino de esencia; que el crimen no puede convertirse en virtud porque es perpetrado colectivamente, y que no hay poder humano que pueda dar a la iniquidad el carácter de patriotismo.

Al volver la vista hacia la historia de esta tierra, hacia los preceptos escritos de sus esfuerzos colectivos, y hacia la obra realizada, nosotros, los del Sur, creemos muy de corazón que esos son los principios que os guían. No os llamamos perfectos, pues ningún hombre ha sido perfecto en este mundo, como tampoco ninguna nación. Pero creemos en la sinceridad de vuestro propósito, como debéis creer en la nuestra, y podremos así darnos la mano e ir hacia el sol naciente. Si pidiérais adulación como tributo, mis labios permanecerían mudos y mi corazón se negaría a admiraros. Nos separamos llevando un mensaje de alegría para nuestros pueblos. Hemos pisado la tierra reverenciada donde se firmó el acta de Independencia y donde la voluntad del pueblo se cristalizó en ley; hemos estado al lado de la tumba de Washington y cruzado las llanuras silenciosas sobre las cuales diríase que aletea el espíritu de Lincoln como un recuerdo de inmortal fragancia, y estamos ahora sobre el suelo consagrado por dos veces a la libertad, donde por primera vez el hombre luchó y sufrió y murió por la libertad de la tierra, y, más tarde, por la libertad del esclavo. Hemos visto vuestros campos sin límites que encierran la promesa risueña de la cosecha verdadera. Hemos visto vuestras ciudades diligentes y magníficas y vuestros talleres laboriosos, y hemos sentido el latido conquistador de la vida en el campo y en la ciudad, donde quiera que hemos ido; hemos visto las multitudes prósperas, los hogares felices y los mercados llenos de animación; hemos visto los mares errantes en su peregrinación eterna y los océanos encerrados en el interior; y se nos ha dicho que todo ese prodigio no constituye sino la orla de la clámide imperial, que más allá, en todas las direcciones, el milagro se extiende, incommensurable y resplandeciente.

Y sabemos que una obra semejante sólo pudo realizarse bajo el ala protectora de la libertad, y que vuestro tesoro esencial, mucho más precioso que vuestra riqueza y vuestro progreso, se encuentra en los principios de libertad e igualdad de vuestras instituciones y en vuestra lealtad hacia esos principios. Si vuestra lealtad desapareciera, vuestra grandeza se esfumaría como un sueño soñado de día. . . . Y así os decimos adiós. Raya un alba perpetua en el horizonte, pues la labor de los hombres no tiene fin y cada esfuerzo noble es un sol naciente. Que nuestro esfuerzo signifique la unión de América en beneficio de la libertad del hombre.

S. PÉREZ TRIANA.

ARTÍCULOS GENERALES.

UN ALEGATO CATALÓGICO.

TENGO a la vista un folleto del Dr. Don Eduardo García Solá, catedrático de Histología en la Universidad de Granada y rector que fué durante algunos años de ella. El folleto se titula *La cultura alemana en relación con las ciencias médicas*, y consta de quince páginas.

El Dr. García Solá es un verdadero hombre de ciencia y un profesor meritísimo y competentísimo. ¡Ojalá fuesen como él todos los demás de nuestras Universidades! Y como el Dr. García Solá ha aprendido mucho en obras alemanas — ¿y quién no? — se cree obligado a salir a la defensa de la cultura alemana, que debe creer que desconocemos los que le ponemos tachas graves y aun la atacamos. Y el

Dr. García Solá acude para tal defensa a aquellos lamentables procedimientos, los de la abogacía de la erudición — que es acaso la peor de las abogacías — que empleó antaño Menéndez y Pelayo en su desgraciada apología de la ciencia española. Apología que entusiasmó aquí a mucha gente. Y el lamentable procedimiento consiste en acumular nombres de autores y de obras, con su aparato de fechas. Como si la bibliografía — que es lo que en Alemania se llama *Literatur* — probase algo.

“Decirse, cual hoy se afirma en publicaciones españolas y extranjeras, que los pueblos de las naciones aliadas combaten por la civilización, el humanitarismo, la libertad y la cultura, frente a la barbarie, la militar autocracia y la incultura alemanas; y sostener tal monstruosidad cuando por Oriente tenemos a Rusia para combatir la autocracia y defender la libertad, y por Occidente son indios, cipayos, neocelandeses, argelinos, senegaleses y otros supra-intelectuales por el estilo los civilizados auxiliares que se oponen a la barbarie teutona, resulta todo ello tan evidentemente absurdo etc.”

Yo no sé lo que dirá al respecto la Histología, pero puedo decir que la intelectualidad tiene poco que ver con lo íntimo de la civilización y que un indio budista puede ser mucho más civilizado, en el hondo sentido de la palabra, que un descubridor de cualquier glibrilla o de una ley de química orgánica. Es muy fácil que algunos de los oficiales que han consentido y acaso ordenado las barbaridades teutónicas en Bélgica — v. Pierre Nothomb: *Les barbares en Belgique* — sean eminentes en cálculo infinitesimal o en mecánica racional, y hasta que hayan descubierto una formulilla o una leyzuela cualquiera. Los más de los 93 sabios que firmaron el ya histórico Manifiesto son sabios de verdad — y algunos de primer orden — pero el hecho de firmarlo, aseverando dogmáticamente y *ex cathedra* no ser ciertas cosas de que no tenían conocimiento directo, es algo muy poco de sabios y que revela presuntuosa petulancia de una parte — “¡a mí, eminente en química, hay que creermelo cuando hablo de cualquier otra cosa!” — y abyección de súbdito sin libertad de conciencia por otra parte.

Y a seguida empieza el Dr. García Solá su argumentación al modo de aquella, ya famosa, de Menéndez y Pelayo. “Filósofos como Fichte, Kant, Leibnitz y Hegel; literatos como Schiller, Zieck (debe ser Zieck) y Göthe; juriconsultos como Schloser, Rotteck y Schmidt; orientalistas como Lassen, Klaproth y Rosen; arqueólogos como Heyne, Gruber, Kreuzer y Winkelmann” Es el cuento de nunca acabar. Con un manual enciclopédico y aun con unos cuantos catálogos se argumenta así. ¿Y si resultara que los que combatimos la *Kultur* germánica y sostenemos que tiene bases de barbarie, conociéramos a esos autores citados mejor que los conoce, si es que los conoce a todos, el Dr. García Solá? ¿Si le dijéramos que son algunos de esos los que han sistematizado la barbarie, dándole un fundamento al parecer científico? ¿Si le dijéramos que hay filósofos tudescos cuya labor ha consistido en acallar la conciencia cristiana de sus compatriotas y persuadirles de que están por encima de las leyes internacionales de los pueblos civilizados por el cristianismo greco-romano?

Pero la apología de nuestro profesor de Histología se contrae más bien al campo de las ciencias médicas. Nos hace saber que son anteriores a la guerra de 1870 los nombres de “Scholling, Hoch, Weber, Zimmermann, Schwantthaler, Kügelgen, Hemsel, Hartman, Mangs y Lessing; así como los genios musicales, alemanes o austriacos, Gluck, Handel, Haydn, Bethoven, Mozart, Wagner, Schubert, Schumann, los dos Strauss, etc.” (página 4). Este etc. no es mío; es del autor. Y creo que con unos cuantos etcéteras así se ahorraría mucho de su trabajo. En la misma página 4 figura esta otra lista: “Galle, Liebig, Vöhler, Richter, Wenzel, Meckel, Ehrenberg, Kepler, Kekule, Herschel y tantos otros” Hay otra fórmula mejor para sustituir al etcétera, y es ésta: y otros que sería prolijo enumerar.

Desde la página 5 empieza el Dr. García Solá a trazarnos una breve historia de los progresos de las ciencias médicas en Alemania para uso de los empecatados germanófobos que no quieren acudir a cualquier manual o artículo de Enciclopedia o que, aun conociéndolo, no se dejan convencer por ello. Empieza por el “Principio biológico general,” en que figuran “Menle, Schultze, Gerlach, Remak y Müller”

(página 5) así, en fila. Aquí nos encontramos con la estúpida noticia de que fué Haeckel quien suministró a Darwin la piedra angular de su doctrina filogénica!!! En efecto, ¿cómo podía ocurrírsele a un inglés nada que no se le hubiese ocurrido antes a un alemán? ¡Y nosotros, pobrecitos, que creíamos que lo más propio de los alemanes es sistematizar los principios que otros, franceses o ingleses, descubren y a las veces atribuirse lo ajeno!

Al tratar de Anatomía e Histología “salen — ¿y cómo no? — Schleiden y Schwann,” y siguen las listas de nombres. ¿Pero a qué seguir? Baste citar estas tres líneas de la página 8: “. . . . descollaron los investigadores alemanes Schiff (1858), Ludwíg (1852), Vieuvordt (1861), Ranke (1870), Brucke (1873), Landois (1888), Funke (1876), Peiner (1886), Scholz (1883), Grünhagen (1887), Munk (1888) y otros muchos” que sería prolijo enumerar. Y estas listas de nombres, entreveradas de fechas, se repiten que es un dolor en una sucinta historia, tomada de cualquier manual, de la ciencia médica en Alemania.

¿Pero es posible, Dios mío, que un hombre inteligente o instruido, como lo es sin duda el Dr. García Solá, crea que ese *alegato* — así le llama él mismo al final de su folleto — catalógico tiene eficacia alguna? ¿Es que cree que sus compañeros españoles de medicina que han protestado públicamente contra la barbarie militarista e imperialista germánica, como son los doctores Achúcarro, Goyanes, Madinaveitia, Pittaluga, Simarro, Furró — se me ha contagiado lo de las listas de nombres — no conocen la historia de la medicina? Algunos de ellos han estudiado en Alemania, y no sé si el Dr. García Solá se halla en este caso.

Lo que hay es que alegatos catalógicos así no pueden convencernos de “la supremacía actual de la ciencia germánica sobre la de todos las demás países,” que podrían, a su vez, hacer, en su favor, listas como las del Dr. García Solá. Y faltaría luego pesar, porque no basta contar. Y tal francés podría decirle que Claudio Bernard, o Pasteur significan tanto como algunas de esas listas. Y sería el cuento de nunca acabar. Y yo le diría que un pueblo que tiene una ciencia más sistematizada y prolija que otro, puede serle muy inferior en cultura. El inventar, v. gr., gases asfixiantes no prueba, ni mucho menos, que se sea más culto. Criminales ha habido de raras dotes de habilidad y aun de ciencia para cometer sus crímenes.

Lo lamentable es que persista en nuestra patria ese sistema escolástico — muy del gusto de los apologistas tradicionalistas — de los alegatos catalógicos. Tales fueron los argumentos que, con profunda estupefacción de nuestros papanatas troglodíticos tradicionalistas, empleó Menéndez y Pelayo para demostrarnos que había habido una poderosa ciencia española. “¡Lo que sabe este tío!” exclamaban nuestros trogloditas — los que hoy se extasían ante los lugares comunes retóricos del Sr. Vazquez de Mella — al leer aquellas enumeraciones de autores y de obras, toda aquella bambolla bibliográfica. Y viene luego un matemático, y un matemático de verdad, el Sr. Rey Pastor, y tomá por su cuenta cuanto escribió entonces nuestro Don Marcelino acerca de la producción matemática española, y se pone a leer y examinar y sopesar, como matemático que es, las obras que Menéndez y Pelayo, director que fué de la Biblioteca Nacional y eminentísimo bibliotecario, catalogara, y resulta que todo ello no era sino papel impreso y a lo sumo medianas producciones de medianos ingenios, cuando no evidentes desatinos.

Es triste cosa que un hombre como el Dr. Don Eduardo García Solá, a quien tenemos en tan buen concepto cuantos le conocemos y tratamos algo, haya caído en ese deplorable procedimiento abogadesco y escolástico español de las listas de nombres y obras. ¡No, por Dios, no! Tenemos que librarnos de una vez de esta indigesta y muerta erudición frailuna española; de esto de creer que se le apabulla al contricante lanzándole a la cabeza un montón de nombres de autoridades. Esa argumentación la hemos oído más de una vez disparada desde lo alto de un púlpito — que dicen es la cátedra del Espíritu Santo — sobre las cabezas de los impíos que no están allí, en el templo; sobre las duras cervices de los que se obstinan en no admitir una doctrina enseñada por San Justino, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Anselmo, Alberto Magno, el gran Santo Tomás de Aquino, Bossuet, Fénelon,

etc., etc., etc., etc., etc. Pues podría llenar de nombres así, muy conocidos, toda una página.

Es que el Dr. García Solá, a pesar de dedicarse al cultivo de la Histología, no puede, por lo visto, sacudirse del ambiente espiritual que en redondo nos oprime hoy en España. Y más ahora en que la guerra europea ha tenido la misteriosa virtud de hacer brotar, como un sarpullido, sacándolo de las entrañas de nuestra burguesía intelectual, todo el pozo de tontería y de ignorancia que, envueltas en malignidad troglodítica, fermentaba allí dentro. Y es cosa triste que un hombre inteligente e instruido y culto, como lo es el Dr. García Solá, confunda, bajo la presión de un ambiente intelectual deletéreo, la lógica con la catalógica. Los catálogos están bien para las bibliotecas.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USALES